

Buenas tardes, buenas noches o buenos días. Mi madre me educó en que dijera si pasaba al lado de alguien en mi pueblo, fuera vecino o extraño. Es una forma de empezar como otra cualquiera, pero esto no ocurre en las grandes ciudades, que carecen de éste y muchos más encantos.

Mi primera anécdota fue cuando nací. Mi madre se puso de parto y tuvo que parirme en un coche de la época 850. No llegó al hospital. Tampoco le hizo falta. Esto cuando era pequeña me creó controversia. Un día el profesor preguntó a todos los alumnos del pueblo que dónde habíamos nacido. Yo le dije con voz tímida “No lo sé”. El profesor, que me tenía por una personita espabilada, le preguntó a mis padres cómo era que yo no sabía dónde había nacido. “Es que nació en la carretera”, le dijeron.

En la escuela rural estábamos todos los niños en edad escolar de 6 a 14 años, pero cuando estaba a mitad del tercer curso nos trasladaron al colegio comarcal de Calatayud y ya no era lo mismo.

En el pueblo jugábamos grandes y pequeños a la comba, al paro y disparo, calles descubiertas, al bote bote, a la petanca. Infinidad de juegos y sin peligro. Rara vez llegaba algún coche a mi pueblo, ya que detrás de él no había ningún otro. Esto era una comodidad para los padres, que estaban más tranquilos.

Mi pueblo era pequeño. 114 habitantes cuando yo tenía 10 o 12 años, pero teníamos muchas ventajas. Había un grupo juvenil liderado por un cura en el que emprendían multitud de actividades. Cosas que se podían hacer en aquellos años. Preparar un teatro con los más pequeños, juegos para las fiestas o la cabalgata de Reyes, donde los más mayores se ponían capas de la Iglesia, con grandes barbas y coronas. Baltasar era siempre el que peor lo pasaba, pues lo pintaban de negro y tenía que soportar esa pintura en la cara. Recogíamos paquetes que la gente voluntariamente preparaba para la residencia (Hermanitas de la Caridad). A cambio, echábamos caramelos o los entregábamos en mano. Este tiempo fue maravilloso. Teníamos todo lo que un pueblo necesita: cafetería, tienda, carnicería. Y acudíamos a la Iglesia pequeños y ancianos.

Pasaron los años. Hubo un paréntesis. Muchos matrimonios se casaban y se iban fuera. Pero cuando yo tenía 20 años más o menos, empezaron a quedarse unas cuantas familias en el pueblo. Adultos. Vida. Ahora las personas que vienen aquí tienen como máximo 67 años y sus hijos han formado una gran familia como habíamos tenido años atrás, solo que algunas cosas habían cambiado.

El pueblo se ha reformado mucho. Hay piscinas, frontón, pista de pádel. Pero el bar se cerró porque es un pueblo pequeño. Cada semana estaban tres camareros y dos mujeres lo limpiábamos el sábado. El precio de los productos era muy bajo, pero aún así había superávit y se podía hacer mejoras. Televisión, video, barra de granito,

alicatado, cocina. Total, tenemos servicios de todo tipo, pero hubo dificultades y se dejó de llevar el bar como hasta entonces, y se cerró.

Ahora la forma de ver la vida es otra, aunque con pocos habitantes no se necesita nada para hacer corrillos. Por ejemplo, cuando traen el pan con una furgoneta de otro pueblo, los vecinos entablan sus conversaciones.

En cualquier momento de un día soleado, sacamos mesitas a la calle y sillas y nos tomamos algo o un buen aperitivo si es domingo y no molestamos a nadie. Si viene alguien que no se espera está invitado, y, si quiere marchar y viene en coche, hay otras salidas.

Tenemos un vecino muy sibarita que dice que ha hecho un curso sobre el café y le ha costado 1000€. Es vecino del buen tiempo. Cuando hace mal tiempo en Aragón lo pasa en Barcelona y al revés. En la toma de la fresca de verano nos saca un cafecito y un poco de chocolate negro, que saboreamos y nos reímos de las bromas de todos. Un día vinieron a verle unos amigos colombianos. A eso de las ocho de la mañana se conocieron mi novio y el colombiano. “¡Hola! Soy amigo de Antonio, el vecino.” Bueno, si es amigo de Antonio, mío también lo es.

Nos sentamos los tres alrededor de la mesa mientras esperábamos al panadero. Era por la mañana y hacía frío. “¿Quieres unos calcetines?”, le pregunté. Me respondió que sí. Luego mi novio me preparó jamón serrano en un bocadillo en un trozo de pan, que aquí llamamos guitarra. “¿Quieres uno?”, le dijo al colombiano, a lo que aceptó. Antonio, su amigo, protestó, ya que tenía todo preparado para almorzar. “Quita, quita”, dijo el colombiano.

Ahora la mayoría de los jóvenes tienen las carreras terminadas y casi todos están colocados. De ellos solo se han quedado tres en el pueblo. Una joven que tiene la carrera de ingeniería agrícola, otro que hizo un grado superior de mecánica y otro más. Pero ahora el concepto de agricultor es diferente. Se hace el trabajo con máquinas y las plantas se miman de otras formas. Mi sobrino sulfata las plantas con agua sin clorar. Hace algún que otro invento ecológico, de tal forma que el año pasado le pagaron las uvas 10 céntimos más caras que la de los demás.

Llega el fin de semana. En el pueblo y en la ciudad, durante la semana estás trabajando. El viernes vienen los jóvenes de Zaragoza, que se han montado una peña a todo confort para estar todos juntos. Hacen aperitivo, cenas y fiestas.

Casi todos tienen carrera y son gente limpia y sana de vicios. En el pueblo se vive bien. Ahora acabo de llegar de darme una caminata durante una hora. Hemos ido por un camino al azar, hasta la chaparrita que decimos. La senda está llena de pétalos de hojas de almendro y todo huele a miel. Se pueden avistar diferentes colores de vegetación, multitud de plantas que no conocemos, romero, salvia, tomillo, hinojo, espliego, lavanda, dientes de león y muchas más.

También a veces huele a granja, pero te aseguro que eso no se pega a los pulmones como la contaminación de las ciudades.

Es un paisaje diverso, especial y natural. El sol parece que luce de otra manera. Por la noche puedes mirar la Luna, las nubes y las estrellas que hay en el cielo, y por el día de vez en cuando los buitres, águilas, grullas y las cigüeñas que rara vez vienen a patrullar el castillo.

Hoy en día desde el Ayuntamiento se está trabajando mucho en cuanto a mejorar infraestructuras, gracias a las subvenciones, para que tengamos teatro, magia, fiestas del Vendemafest ave, y adquirir conocimientos que se imparten casi gratuitamente desde la Comarca o el Gobierno de Aragón, como cursos para el móvil, Tablet, ordenador, clases de gimnasia de mantenimiento, etc. en mi pueblo, aunque es pequeño, se vive bien. Ya lo he explicado. Tenemos el problema de la despoblación, pero hay personas que pueden trabajar desde aquí online, otros no pueden por las condiciones de trabajo, pero vendrían aquí con los ojos cerrados.

No disponemos de servicios, pero con un coche tienes acceso a un super, centros de salud, Hospital, autobuses para viajar a cualquier lugar, AVE, pues está muy bien comunicado. A cambio, aquí se evitan ruidos y se respira bien. Puedes disponer de casas grandes con jardín, a diferencia de los pisos de 80 m² que hay en las ciudades y lo cara que está la vida.

Una persona con depresión como la mía es más fácil de recuperar en un entorno como el de mi pueblo. Siempre hay una vecina que te llama a la puerta. “Pasa y echamos una charradita.” Mi hermana favoreció que me alejara cada día más de ese vacío, de estar sola con los pensamientos negativos. En una ciudad no lo hubiera conseguido. Mi hermana y yo salíamos de paseo todos los días. Si hacía frío nos abrigábamos, si hacía calorcito andábamos al atardecer. Tomábamos el cochecillo de alguno de mis tres sobrinos, que era de metal, muy resistente, y nos metíamos por todos los caminos. Ella era encantadora. Leyó libros sobre mi enfermedad para ayudarme. Era una ama de casa en el entorno rural culta, mujer compañera, madre de sus hijos, hermana y tutora, salvavidas mío. Nunca dejaré de estarle totalmente agradecida. Un beso al cielo.

En mi pueblo se vive de otra manera. El reloj marca las horas más despacio y la gente, aunque es trabajadora de sus tierras, carece de estrés.